España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración: Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR
PRECIO: 25 CENTAVOS
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año II | México, D. F., 9 de Junio de 1945 | Núm. 69

VISPERA DE ACUERDOS

LA FORMULA DEL HONOR

Con un impudor que no tiene precedente, los periódicos falangistas hacen mofa de los ataques que el régimen recibe desde el exterior, bien sea por la actividad que desarrollan los emigrados republicanos o por la actitud de gobiernos y sectores políticos de diversos países extranjeros. "Falange —dicen— no caerá por mucha que sea la presión que se haga desde fuera." A nadie engañan, naturalmente, esas bravatas, ni siquiera a los mismos que las escriben. Pero importa mucho registrarlas porque son, precisamente, la expresión más cumplida de la debilidad del régimen franquista. Los periódicos que antaño publicaban las más biliosas diatribas contra Inglaterra y los EE. UU. llenan ahora sus columnas con alabanzas desaforadas a Mr. Churchill y al secretario de Estado norteamericano, Mr. Stettinius. Algunos, con desverguenza de prostituta, se muestran en cueros vivos al insinuar que ni de Washington ni de Londres tiene el franquismo nada que temer, sino al contrario. Ahí está el secreto de las arrogancias falangistas, acaso exageradas o sin fundamento, pero justificadas por la política seguida hasta hoy por las dos grandes naciones aliadas, responsables principales de que la fe en la paz se haya desvanecido o esté agonizando en millones de corazones que pusieron en ella toda su esperanza. La cínica confesión de los periódicos falangistas prueba hasta qué punto, a los ojos del Estado Azul, los gobernantes de las dos democracias más grandes del mundo aparecen vueltos de espaldas a la democracia. Y toda la gratitud babeante de los retóricos de Falange se transforma en una servil adulación a quienes, llamados por deber moral y por lealtad a su significación política a rehusar todo contacto con el régimen falangista, lo alientan y lo estimulan con una conducta que no es más que una claudicación o una farsa, pero en ambos casos de trágicas consecuencias para los intereses de la paz y de la democracia.

Lo más grave es que las grandes potencias no se limitan a persistir en una política equivocada, que ha dado ya triste cosecha y la dará todavía peor, sino que tratan de imponerla también a las pequeñas y, de hecho, la imponen casi siempre. Por su culpa fué destrozada la República Española. Por su culpa está todavía sin restaurar, no obstante el ambiente de profunda simpatía que la causa republicana ha sabido inspirar incluso a muchos que, engañados por la vil propaganda franquista le negaron antes su apoyo. Prueba clara de ello es la tarea llevada a cabo por la Junta Española de Liberación, culminante ahora en sus trabajos de San Francisco de California, renuentes al desmayo e inteligentemente dirigidos a fines prácticos e inmediatos. La segunda Conferencia de Prensa, celebrada hace pocos días, que reseñamos en otro lugar de nuestro periódico, ha constituído una evidente demostración del camino andado en el propósito de ganar voluntades favorables a la República. Convocada por el Comité de Ayuda recientemente organizado en Nueva York, del que forman parte personalidades eminentes del protestantismo, del catolicismo, del movimiento obrero, de las letras y de las ciencias, la segunda Conferencia de Prensa celebrada por la Junta Española de Liberación es un buen motivo de optimismo, por fuertes que sean, y lo son, los obstáculos que siguen estorbando nuestro paso. Ante ella expusieron los señores Albornoz y Prieto no solamente las razones que abonan nuestro pleito, sino la manera en que puede ser resuelto si de veras se quiere hacer justicia al dolor de España y evitar que nuevamente se decida, más tarde o más temprano, por la dialéctica atroz de las armas. No pueden ser más sencillos ni más hacederos los medios que propone la Junta Española de Liberación, contra los cuales nada valdrían las grotescas fanfarronadas de Falange. Esperemos que la Conferencia de San Francisco, haciendo suya la fórmula sugerida por la Junta Española de Liberación y patrocinada por la Delegación de México, dé el primer paso desahuciando a Franco de toda ilusión de convivencia con las naciones que lucharon contra el nazifascismo.

Tan saludable y ejemplar será el acuerdo, si se adopta, como desmoralizadora y penosa sería una resolución inhibitoria o una votación contraria a la fórmula. Lastimaría, sobre todo, el prestigio de las naciones americanas de ascendencia hispana, llamadas por imperativo espiritual a tomar partido abierto por la República española, cualesquiera que sean las presiones que en sentido opuesto se intenten para reducirlas a silencio. ¿Qué presiones pueden ser esas y cuáles sus motivos? Ni uno solo hay que pueda decirse en voz alta, y estamos seguros de que no hay en la Conferencia absolutamente nadie que se atreva a defender o a disculpar a Franco. Las presiones se harán, si acaso, en secreto, cuchicheando al oído de los delegados complacientes, alegando argumentos de presuntas conveniencias transitorias... El cuento de la buena pipa con el que tantas veces se nos ha engañado o nos engañamos a nosotros mismos para no cumplir el deber. Por no cumplirlo a tiempo quienes estaban obligados a hacerlo se llegó, de tumbo en tumbo, a la tragedia de España, primero; a la de Europa luego; a la del mundo después. Cuando la fórmula que excluye a Franco de toda relación internacional se vote en sentido afirmativo, será señal de que el honor no se ha perdido del todo; y una corriente de aire purificador habrá pasado por San Francisco.

Un manifiesto de Falange

"En dos horas cada falangista ha descargado dos veces su pistola..."

Por Madrid circuló recientemente el manifiesto que publicamos a continuación, sin comentarlo, porque su texto no necesita aclaraciones. Es demasiado elocuente por sí mismo, sobre todo por el miedo que descubre en medio de tanta literatura de gansterismo falangista, y por la psicología de Falange que revela, no saciada aún de sangre y violencia.

Para tí, jovencito, que insensatamente sueñas con derribar a la Falange de las posiciones que tras lucha dura y amarga ha conquistado en el Estado.

Para tí, obrero rebelde que sueñas hoy con un posible marxismo en España, sin darte cuenta de que el marxismo es una antigüalla teórica y práctica, superada por nuestra avanzada y rotunda postura política, económica y social.

Para usted, respetable señor, que puede comer, fumar y vivir, porque la Falange le ha sacado las castañas del fuego, y añora sin embargo a Romanones, a Berenguer, a Cánovas, a Sagasta, a Gil Robles, a Portela. t

Para ustedes Bonomis-Badoglios de España, escribimos hoy estas líneas y clavamos aquí esta pregunta: Sí, es fácil y cómodo y bonito, luchar, mejor hablar, contra la Falange de hoy, pero ¿Han pensado los enemigos de la Falange, lo que sería la Falange en la oposición?

Porque la desaparición de la Falange sería tan utópica y tan inverosímil, que basta recordar un dato: el 16 de Febrero de 1936, la primera línea de Madrid, que tenía seis Centurias más o menos nutridas, y la provincia una Centuria de primera línea, era excepcional, y muchas provincias españolas —muchas— soñaban con reunir una buena Falange de 33 hombres de combate, todos ellos muchachos de apenas veinte años.

Contra esa exigüa Falange se lanzó todo el peso de un Gobierno que en pleno Parlamento, se declaró beligerante en la lucha.

¿Y os acordáis? Surgieron falangistas de entre las rendijas de las calles.

¿Cuántos éramos el 18 de Julio de 1936? Media España, media, exactamente media España, millones.

¿Y os acordáis de cómo se persiguió a la Falange de la zona roja? ¿Pudo darse algo más frío, más metódico, más inteligente que el S.I.M. rojo? Pues en zona roja sin armas, sin el más mínimo elemento de contacto, con los más decididos fusilados o presos, con la moral triste por la muerte del Jefe Nacional, con traidores al lado, Divisiones en frente, en Madrid, salieron a la calle el 28 de Marzo cuarenta y cinco banderas de primera línea.

¿Habéis pensado lo que la Falange de hoy, armada y preparada, puede dar de sí en la oposición? ¿En la oposición violenta?

Qué duda cabe de que las tres cuartas partes de los aliados nos han de fallar. Claro que fallarán. Esperamos con alegre esperanza que nos fallen, pero entonces quedaríamos los de siempre, los muchachos del ayer, hoy hechos hombres, con una experiencia de los años de guerra y una muy triste de los años de paz; y muchos más, los de hoy, las juventudes inasequibles al desaliento.

Teoricemos, vayamos hacia lo utópico, pensemos un golpe sobre España. ¿Habéis pensado vosotros, los que queréis darlo, que en media hora, en Madrid, hay cien Centurias armadas y decididas en la calle, no asaltando fortines inexistentes, sino eliminando fríamente a todos los perfectamente conocidos y fichados simpatizantes próximos o remotos, con el posible Badoglio? ¿Habéis pensado que en dos horas cada Falangista ha descargado dos veces su pistola a seis víctimas por cargador?

Y vosotros los no tan rotundos, los liberalistas, en vuestro ideal estado liberal, con la Constitución de 1868 reinando, como decían vuestros estúpidos manifiestos clandestinos: ¿Os dáis cuenta de lo que sería una Centuria Falangista entrando a tiro limpio en un mitin del Partido Conservador?

Pensad todos que la Falange hoy no tiene perdida ni dormida la combatividad. Al contrario, los falangistas tenemos en el cuerpo una rabia y un furor reprimido cinco años, que estamos pidiendo a Dios que nos mande —¡por unos días, Señor, por unos días siquiera— una época de oposición.

Letras Españolas

Juan Ruiz y la libertad

En las evocaciones recientes sobre el "Libro del buen Amor" ha faltado el señalamiento de uno de los principales afanes de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita.

Este varón insigne, a quien describe Doña Trotaconventos como un hombre "alto, fornido, de grandes miembros, velloso, de espaldas anchas, moreno, con apartadas cejas como el carbón, erguido, de andar firme y reposado y su nariz es luenga", no era solamente un buen catador de placeres, amigo del yantar copioso y de la "fembra placentera".

Juan Ruiz es, como todo español seguro de sí mismo, un amante alucinado de la libertad. Más que de su sensualismo, le viene de esta su fervorosa independencia, el miedo a la muerte.

"Enemiga del mundo que non has semejante" la llama cuando hace su "planto" por la desaparición de la dueña Doña Trotaconventos. Y acentuando el apóstrofe, dice tembloroso: "de fablar en ti, muerte, espanto me atraviesa".

Pero, en cambio, la exaltación de la libertad fluye rauda y limpia, en cualquier pasaje de su obra, comedia humana del siglo XIV, según la acertada expresión crítica de Menéndez y Pelayo. Para comprobarlo bastará un solo ejemplo.

Por su color de actualidad netamente hispánica, servirá mejor que otro cualquiera el de la fábula o ejemplo de las ranas que demandaban rey a Don Júpiter. Este afán de divulgación del saber por medio de la fábula, de origen plenamente oriental, tiene en la Edad Media un positivo desarrollo. No podía sustraerse a él Juan Ruiz. Mucho menos cuando la modalidad del género se prestaba ahincadamente para que derramara en la construcción del apólogo toda la agilidad burlona y mordaz de su temperamento.

Las ranas, que siempre han buscado rey, obtuvieron de Júpiter primero una viga de lagar y después una cigüeña "mancillera". Si aquélla era inútil para el desempeño de la función, esta otra de dos en dos, devoraba a los súbditos.

Las ranas aterradas reclamaron ante Júpiter. Juan Ruiz pone en labios del dios mitológico la moraleja ejemplar.

"El rey tan demandado por cuantas voces distes — vengue vuestra locura, — ca en poco tovistes ser libres e sin premia"...

Ser libres y sin premia (represión, violencia, tiranía), es el magno ideal de la vida para este magnífico señor de las letras que huye hasta del afán de los eruditos voraces, ocultando los pasos de su azarosa existencia. Y remachando el concepto nos añadirá solemnemente: "libertat e soltura non es por oro comprado".

Esta fe en la libertad vivirá como un anhelo perenne en toda la literatura española.

Lope de Vega se recreará en su evocación diciendo:

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro
ni al bien mayor de la espaciosa tierra!...

Y Cervantes, insigne forjador de un ansia de libertad, la hará encarnar en la figura magna de Alonso Quijano, recorriendo los campos de la tierra patria para redimir galeotes, desencantar princesas y desfacer entuertos y agravios, en homenaje a la justicia y a la paz.

M. BLASCO GARZON

Carta te escribo...

CONSEJOS A PACO

Casino Español, a tantos de tantos.

Sr. Don Paco Franco y Bahamonde.

(No creas que hemos olvidado tu apellido materno; cá).

"Claudillo": Eres un santo. Se comprende que a veces seas el ojito derecho de los jefazos demócratas, que ven tu generosidad sin límites, ya que no tienen límite los "presidiarios" que posees para ir soltando.

Según los datos oficiales, has puesto ahora en libertad a 1.500 presos políticos, de los que estaban condenados todavía a más años; y llevaban seis de presidio, por lo menos.

Creo de todo corazón que tu caso no tiene precedente en la historia. ¡Soltar a 1.500 presos —¡políticos!—, con seis años de cárcel ya cada uno!... Jamás puede haberse dado un caso igual; de veras te lo digo.

Aquí, en México, por ejemplo, estaban en guerra nada menos que con Alemania; y apenas terminada la última batalla, han puesto en libertad a unos pocos prisioneros que tenían, entregando a cada uno, además, mil pesos.

A primera vista parece que han sido más generosos que tú, que a los seis o siete años de terminar nuestra pelea aún tenías 1.500 encerrados... y los que cuelgan, —y los que colgaste, Franco ¡y los que colgaste, Franco y... Bahamonde!—. Sin embargo el caso es muy distinto; porque en tu caso, al fin y al cabo, eran compatriotas, que son peores.

Ahora bien, los momentos son difíciles, hasta para los que hemos perdido la guerra por ser anti-demócratas; así es que, atención a los consejos.

En telegramas que hemos leido recientemente, se advierte: primero que "El español", órgano de la falange, "aconseja a los franceses que resuelvan sus propios problemas antes de tratar de resolver los de España"; y segundo, que tu embajador de Caracas ha desmentido, en nombre de tu gobierno (?), que en Francia se vayan a establecer los republicanos y se les vaya a dar facilidades.

Estas contradicciones, estimado "Claudillo", suelen ser síntoma de debilidad y desconcierto ante el peligro. ¡Serenidad, serenidad y serenidad! Si Silverio Pérez regresa a México porque tiene un defecto en la vista que le hace ver dos enemigos en la plaza, no vayan a creer que a tí te sucede igual y ves Repúblicas a derecha e izquierda; —sin mas astas, al menos del lado republicano, que las de la bandera tricolor.

Nada de declaraciones internacionales, simpático "Claudillo"; que das cada patinazo que nos desconciertas. Tú atiende a este consejo: Muchas fotografías de fusilamientos de alemanes y demás totalitarios, mucho exaltar la entereza de Goering aunque le llames asesino, y a destacar que al fin ha sido detenido el submarino japonés, o alemán, que echó a pique 40 o 50 unidades de la escuadra aliada. Y dejar que las gentes bobas reaccionen. Es lo nuestro.

No se te olvide que los alemanes son inagotables y el gas del fascismo tiene escapes por todas partes: y que a su tiempo, poniendo silbatos a esos escapes, pitarán.

¿Exterminar a los germanos? ¡Miau!... Mira: ahora han inventado una cosa mucho mejor que la penicilina; te la aconsejo para tus jaquecas; creo que se llama "cianuro". A Himmler ya no le duele nada.

Mi último consejo: No te levantes de la silla ni para hacer el saludo a la romana; que andan buscando el darte un puntapie, y yo se donde.

A los obispos, mis afectos.

Tuyo — JUAN FALANGIBERO

P.D. — Los refugiberos están que rabian, porque hace tiempo que no los amnistías. Yo creo que los debes tener así otros tres o cuatro años para que no puedan reírse en el café.

EL UNICO REGIMEN

"Me sumo de todo corazón al anhelo de que el gran imperio alemán pueda lograr el objeto de sus inmortales destinos, bajo el glorioso signo de la cruz gamada, y bajo vuestra genial dirección. Heil Hitler". Franco: — Telegrama a Hitler en febrero de 1937.

"Muchos españoles no han tenido aún bastante en cuenta el despertar nacional de nuestra patria. Nada podemos esperar del sistema democrático. En los actuales órdenes políticos no hay más régimen que el totalitario". (Discurso de Franco ante el Consejo Nacional de Falange el 18 de julio de 1942).

ESTAMPAS DEL EXILIO.

I.—NOCHE Y ESTRELLAS

En la cabecera de su lecho, pegada en la pared, el muchacho enfermizo, tuberculoso —aire pálido y mirada apasionada, penetrante—, tiene una pequeña banderita, española, y el retrato de su madre... Esta insignia y esta imágen él las adora, en silencio, sin gestos y sin oraciones. Las mira de vez en cuando y baja los ojos, triste, humilde, pensativo. Y después yo diría que su espíritu se hunde en un abismo de recuerdos y de lágrimas.

En las tardes de sol, igual que un convalesciente en un sanatorio —un libro en la mano, o una florecilla—, acostumbra a pasear a través del campo o bien, ahí sentado en la playa, se entretiene dibujando, con un lápiz y un papel un paisaje de mar, unas avecillas y una nave o un crepúsculo... Son apuntes que él colecciona en un álbum. Es un sueño del presente y una visión del mañana.

El no quiere morir; es un náufrago que sigue a nado, sobre las olas, atraído y guiado por la luz alentadora del faro de la esperanza.

"Una flor
entre las ruinas de un pueblo...

El exilio enseña a los hombres a amar un poco más a la Patria; y también a su hogar. Este vivir de ausencia y añoranza engendra sentimiento y amor. El alma se vuelve más tierna, más sensible, más humana. Es la flama del dolor que purifica el espíritu.

II.—EL FILOSOFO

Esta tarde, gris y otoñal —nubes y golondrinas, de Jueves Santo—, el afecto me ha llevado a charlar un rato con el filósofo, ahí en su barraca... Estaba trabajando, nervioso y muy atareado, en un zapato sucio y feo, inservible. Me he quedado un instante, contemplándolo, a unos pasos de él; y hoy lo he visto más viejo, más descuidado, más pobre.

Entretanto, me acerco:

—¿Economizando? —le digo, sonriendo, y saludándole.

Levanta los ojos y, al verme, exclama:

—Ah, es usted... Pues sí; arreglando este zueco sexagenario... Es que no tengo otro; y antes que ir descalzo, como Jesús...

Y con una piedra en la mano iba hundiendo un clavo tras otro en la suela y tacón.

Cuando ha terminado su remiendo, su compostura —un milagro de la necesidad y de la miseria—, se pone el zapato y ya levantándose, me dice:

—Ve, ha quedado como nuevo... Un campo de concentración es una isla desierta e inhospitalaria donde a cada náufrago se le impone la ley natural y humana de tenerse que valer por sí mismo y por sus propias manos.

—Debe ser muy dura para usted esta vida...

—Es verdad, no sé cómo distraer mi aburrimiento, mi tristeza... El hombre necesita algo, siempre algo con qué soñar, con qué preocuparse... Y yo ya no creo en nada: ni en la filosofía, ni en los hombres, ni en los ideales.

Y ahora, y como si estuviese evocando algo bueno, días mejores, añade:

—Si al menos me quedara el consuelo de entrar en una catedral a escuchar música gregoriana...

—¿Es usted católico?

—No, soy ateo; pero de vez en cuando sentía necesidad de esta música... Vivía solo, no tenía a nadie; y ahí en el templo, en un rincón y en la obscuridad misteriosa, rogaba, lloraba... Me sentía feliz.

El agitador Bakunine decía que para librarse de la tristeza de esta vida los hombres tienen tres caminos: la iglesia, la taberna y la revolución.

III.—JAVIER POU

"Y todo porque encontraron
el acta de la constitución de
aquel Consejo Municipal..."
(Un amigo).

Había sido soldado, nada más que soldado; su único delito era haber formado parte de un Ayuntamiento, provisional, en un pueblecito de la provincia de Toledo, en el momento de ser reconquistado por las fuerzas del Ejército de la República... Al terminarse la guerra volvió a Gerona, esperanzado y feliz de encontrarse otra vez en su ciudad.

(En la calle pequeña y estrecha de la Nieve, ahí detrás de los arcos de la Rambla, el padre tiene una carnicería... Es gente de derechas, católica, muy querida y respetada.)

El muchacho era estudiante; jamás había pertenecido a organización política alguna. No tenía que sufrir e inquietarse ante aquella represión armada y sangrienta que inundaba de pánico a todo el país.

Transcurrieron los días y una tarde, al anochecer —y con la natural sorpresa y sobresalto de una familia—, entraron a aprehenderlo en su propia alcoba donde estaba estudiando para sus próximos exámenes de maestro de Escuela Nacional, unos agentes de policía.

—No, a mi hijo no se lo llevan; mi hijo no ha hecho ningún daño a nadie... —exclama la madre, cerrándoles el paso, enérgica, furiosa, echando gritos de miedo y de desesperación.

—Hay orden de detención contra él... (Y esta orden viene de muy arriba... Viene de Madrid.)

—De Madrid...

Y se lo llevaron.

* * *

El día de su juicio, la sala del viejo y sombrío Palacio de Justicia se encontraba vacío... Unicamente se veían ahí sentados en los bancos del público su padre y su madre...

El Fiscal, arrogante, frío, cruel, un sujeto extraño que nadie conoce, en nombre de España y del nuevo orden —y exhibiendo ante el Tribunal un acta donde estaba estampada la firma y rúbrica del acusado—, acaba pidiendo la pena de muerte.

Y este inocente joven también murió fusilado.

A. CABRUJA-AUGUET

"Molesta y es un peligro la Falange para pueblos caducos, agónicos en el mal parlamentario democrático".

De "Arriba España", 17 de mayo de 1938.

La Junta Española de Liberación en San Francisco

Nueva Conferencia de Prensa en la que hablaron los señores Alvaro de Albornoz e Indalecio Prieto

San Francisco, Cal., Junio 2, (por avión).— El pasado día 29 de mayo la Junta Española de Liberación, en colaboración con el Comité de Ayuda a la República Española, recientemente constituído, celebró una nueva conferencia de Prensa que alcanzó un éxito superior todavía al de la primera. Para presidirla, como presidente también del Comité, vino expresamente desde Nueva York el Dr. Samuel Guy Inman, prominente intelectual de los EE. UU. Por la Junta Española de Liberación tomaron parte, como informantes, los señores Alvaro de Albornoz e Indalecio Prieto.

Para celebrar la Conferencia se había alquilado en el Palace Hotel el mismo amplio salón que sirvió para la anterior, pero ante la gran cantidad de periodistas que asistió a ella —no obstante que muchos corresponsales se han ausentado ya de San Francisco— hubo que trasladar la reunión a otro salón colindante de doble capacidad. Llenóse también este y entonces se utilizaron los dos, separados solamente por una ancha puerta. Del número de concurrentes da idea el hecho de que se repartieron más de cuatrocientas copias de los memorándums que, redactados en inglés, había preparado la Junta, aparte de las muchísimas que se distribuyeron en castellano. Solamente las Conferencias de Prensa convocadas por Molotov, Eden y Stettinius tuvieron éxito equivalente, debiendo hacerse constar que entonces el número de periodistas que había en San Francisco era mucho mayor.

Tras unas breves y cordialísimas palabras del Dr. Guy Inman, destinadas a destacar la tarea que el Comité de Ayuda —American Comitee for a Free Spanish Republic—, compuesto por revelantes figuras norteamericanas, entre ellas Mr. Paulding, sobresaliente elemento del catolicismo y director de una importante revista católica, comenzó su informe don Alvaro de Albornoz.

Informe de Don Alvaro de Albornoz

El Presidente de la Junta Española de Liberación, agradeció en nombre de la Junta a Mr. Samuel Guy Inman, las palabras pronunciadas y la cordial recepción que congregó a tan selectos invitados del Comité Americano.

Los republicanos españoles —dijo el Sr. Albornoz— hemos encontrado en la gran democracia americana libertad para defender los derechos de nuestro pueblo, y amistad y apoyo para nuestra causa.

Hemos comprobado la viva simpatía del pueblo americano por la República española y esperamos que el Gobierno de los Estados Unidos, en sus relaciones con España, sabrá interpretar estos sentimientos. Defendiendo la libertad de España, los Estados Unidos estrecharán su amistad con las naciones libres de hispanoamérica, con Francia y con otros pueblos de Europa que fueron cuna de nuestra civilización y víctimas del nazi-fascismo.

Informe de Don Indalecio Prieto

Seguidamente el Sr. Alvaro de Albornoz invitó a don Indalecio Prieto, Secretario de la Junta, a exponer algunos nuevos aspectos de la situación española. El señor Prieto hizo las siguientes declaraciones:

1.—La Junta Española de Liberación remitió a todos los Gobiernos convocados a la Conferencia de San Francisco un memorial que después, editado en español, inglés y francés, repartióse por el mundo entero.

2.—El memorial recopila manifestaciones y actos del general Franco demostrativos de la colaboración espiritual y material del régimen franquista con Italia y Alemania durante la guerra de Europa.

3.—Después de divulgarse dicho documento ha ocurrido algo que viene a corroborarlo: la revelación del nazi Goering al general americano Patch de que Franco ofreció a Hitler el paso libre de tropas alemanas por España para apoderarse de Gibraltar, cerrando el Mediterráneo a los Aliados, y que si la idea no se aceptó debióse a no encontrarla el Fuhrer ajustada a sus planes guerreros, encaminados entonces preferentemente al sojuzgamiento de Rusia.

4.—Ante hechos tan evidentísimos resulta inconcebible que en San Francisco haya vacilaciones sobre una declaración de la Conferencia que excluya del Organismo Internacional proyectado al Gobierno de Franco y Falange.

5.—Semejantes dudas y sobre todo las negativas, si las hubiese, revelarían que el totalitarismo no solo arraigó en Alemania, Italia y España, sino que late, aunque cobardemente disfrazado, en otros países, constituyendo un fenómeno mundial.

6.—Las Naciones Unidas cometerían tremendo error si, haciendo de San Francisco un nuevo Munich, no destruyesen por completo los frutos de ese pernicioso sistema. entre los cuales descuella el actual gobierno español.

7.—El Gobierno de Franco pretende ahora fingirse capaz de dar carácter democrático a su régimen mediante un estatuto de derechos individuales que comienza por negar á los ciudadanos el derecho fundamental de elegir sus gobernantes.

8.—Pero, además, la tabla de supuestos derechos, concedidos por el tirano como graciosa donación á sus súbditos, constituye terrible sarcasmo, pues se promulga cuando en los fusilamientos —fusilamientos en 1945 a cuenta de una guerra que concluyó en 1939— se introduce la monstruosa novedad de llevar amordazados á los reos ante el piquete de ejecución para impedir los gritos de ¡Viva la República! con que aquellos mártires del liberalismo saludan heroicamente a la muerte.

9.—Las indecorosas farsas de Franco no pueden engañar á nadie, salvo á quienes quieran dejarse engañar a fin de no aparecer como cómplices descarados de cuanto en sus lemas de guerra decían combatir y de no presentarse como protectores de algo contra lo cual se pidió sangre, sudor y lágrimas á millones de hombres y mujeres.

10.—Solicitamos la exclusión de Franco, no la de España, y comparecemos en San Francisco representando á la España auténtica, llamados por las palabras de Roosevelt, Stalin y Churchill, al decir en Teherán, aludiendo á los países extraños al grupo de Naciones Unidas: "Les daremos la bienvenida cuando tengan a bien ingresar en la familia de las naciones democráticas del mundo".

11.—A esa familia pertenecía España y a esa familia quiere seguir perteneciendo. Para que este deseo se cumpla es menester no prestar ayuda á quien, contrariando la voluntad nacional, le cierra al pueblo español la puerta del gran hogar democrático que debe ser el mundo.

12.—Ningún republicano español ha desertado de su deber de seguir combatiendo a Franco y todos coincidimos en la decisión de derrocarlo.

13.—No hay otro camino para sustituir á Franco que el de las Cortes de la República, en las cuales tienen representación todos los partidos. La Constitución de la República española no es presidencialista ni semiparlamentaria sino genuinamente parlamentaria. La soberanía entera del pueblo está delegada en el Parlamento; sobre este, constitucionalmente, no puede haber nada ni nadie. Sometidos todos á sus resoluciones, la unidad hoy existente en el afán de derribar á Franco para restaurar la República resplandecerá asimismo en el propósito de sustituirle legalmente.

14.—Más, sería penoso y quizá inútil seguir dicha senda si Estados que pelearon y pelean bajo banderas de democracia, obstinándose en conceder trato amistoso al sanguinario déspota que desde Madrid les injurió muchas veces, no reconocieran validez a los acuerdos del Parlamento español, único órgano legítimo de la voluntad de nuestro pueblo mientras éste, provisto de garantías de libertad, no pueda expresarla de nuevo.

Respondiendo a preguntas que se le hicieron en tal sentido, don Indalecio Prieto dijo que el proceso del restablecimiento de la República Española podría desenvolverse en cuatro etapas desarrolladas a gran velocidad, a saber:

Primera: Repudiación del régimen de Franco por la Conferencia de San Francisco.

Segunda: Ruptura de relaciones diplomáticas con él.

Tercera: Formación de un Gobierno provisional salido de las Cortes.

Cuarta: Reconocimiento de este Gobierno por las Naciones Unidas.

El señor Prieto señaló como esencial para la formación del Gobierno provisional la actitud favorable de las Naciones Unidas para reconocerlo.

Terminados los breves discursos informativos, el señor Prieto, por encargo de sus compañeros, hubo de responder durante cerca de dos horas a las numerosas preguntas que los periodistas le formularon, casi todas ellas encaminadas a obtener mayores explicaciones a los informes de los señores Albornoz y Prieto. La conferencia ha constituído un éxito magnífico del que, con razón, pueden sentirse ufanos el Comité de Ayuda, por cuya iniciativa se convocó, y la Junta Española de Liberación.—CORRESPONSAL.

Declaración política del Comité Norteamericano pro República Española

El objetivo del Comité Norteamericano pro República Española es congregar todo el apoyo moral de la opinión pública americana en favor de las aspiraciones democráticas del pueblo español.

Creemos que todos los americanos de amplia visión se aprestarán a ayudar el restablecimiento de una República española realmente libre. Debemos hacerlo no sólo por interés del pueblo español oprimido, sino también por nuestro propio interés y por interés de la paz y de la seguridad en el mundo nuevo anhelado por todos los hombres. El régimen totalitario del general Franco constituye una amenaza para la consecución de tal anhelo. Es un peligro para *nuestra* paz. Hemos hecho ya enormes sacrificios para que de nuevo volvamos a encontrarnos con ese peligro. El régimen del general Franco aprobó la política nazi de agresión y fué su cómplice.

Tan sólo un régimen verdaderamente democrático en España puede apartar esa amenaza. Su pueblo ha sufrido el baldón del totalitarismo. La inmensa mayoría de los españoles desea ansiosamente su liberación democrática. Esto significa la libertad para todos los hombres de opinar, creer y pensar como quieran.

Significa la libertad de asociación y de sufragio. Significa la libertad de reunión y de prensa. Significa la libertad de sindicación obrera, sin imposiciones del Gobierno. Eso significa que los hombres son libres para seguir los dictados de su conciencia y procurar su bienestar por sus propios medios.

Todavía ha de ser derrotada en Europa la mentira que acecha detrás de la victoria. Unicamente la bienhechora influencia de la democracia puede asegurar el término feliz de esa lucha. Las fuerzas antidemocráticas están ya trabajando para arrebatarnos la victoria. Están conspirando para romper la unidad del frente democrático. Quieren tener a España apartada de la sincera y honrada cooperación de los católicos y protestantes amantes de la libertad y del movimiento socialista democrático.

Por otra parte, el resurgir de la democracia española, con bases más amplias y sólidas que las anteriores, es fundamental para el desarrollo de las instituciones democráticas en América latina. Una verdadera República española puede ser de valor inestimable para estimular y consolidar las relaciones amistosas entre los pueblos de la América latina y el pueblo de los Estados Unidos.

El Comité Norteamericano pro República Española denuncia el peligro que representa una España falangista para la organización y defensa de la paz, reconoce la importante misión que el pueblo y la cultura de una España liberada pueden desempeñar en el mundo nuevo nacido de la victoria, y espera que se incorporen a sus filas todos los hombres y mujeres que simpaticen con estos fines. Este Comité no está afiliado a ningún otro grupo, ni a ningún partido ni credo. Su programa y su política están dirigidos únicamente a lograr los objetivos expuestos e inspirados en ese único pensamiento.

Entre las personalidades que patrocinan al Comité Norteamericano pro República Española figuran: *Dr. Samuel Guy Inman, presidente provisional; Dr. George N. Shuster; David Dubinsky; Prof. Robert MacIver; C. Gouverneur Paulding; Mattew Woll; William Agar; Dean Alfange; Luigi Antonini; Prof. Harry Carman; Dr. George Counts; Norman Cousins; Anthony Esposito; Varian Fry; Rev. John H. Holmes; Prof. Sidney Hook; Dr. Horace Ka-*

UN DRAMA DEL DRAMA

IDA Y VUELTA DE ESPAÑA

Era el último paisaje de España. A proa, el Atlántico, en plena siesta, apenas acusaba con unos suaves y anchos rizos su poderosa vida en reposo. A popa, unas colinas verdinegras, veladas por un mechón de nubes bajas, constituían la postrera referencia geográfica de las islas Canarias, que iban quedando atrás lentamente. El mar y la tierra tenían un mustio sosiego. El sol se iba y una tenue sombra se descolgaba de un cielo de primavera todavía manchado de invierno.

Desde lejos, las islas no eran ya la luminosa pincelada tropical de una flora risueña y de un resplandor soberano. Unas horas antes habíamos comprado nuestra provisión de tabaco en una calle llena de aroma y de luz. Y desde aquí, en alta mar, diríase que todo aquello había sido quemado y que aún flotaba sobre las oscuras cenizas una cimera de humo. Así era de extrañamente melancólico el último paisaje de España.

Cada uno dijo quizás su adiós. Al fin y al cabo se trataba de un viaje largo y solemne, y no sería fácil vivir otra vez unos momentos que han dramatizado, con mayores o menores convencionalismos, los cuentos con moraleja. Abandonábamos la patria y nadie sabía cuándo y cómo volvería. Era, pues, muy justo que todo el mundo subrayase el suceso, si no con lágrimas aparatosas y suspiros, al menos con unas cuantas frases de las que revelan tradicionalmente una buena educación patriótica.

De mí sé decir que no dije ni pensé nada interesante. Un marmitón jovencito lloriqueaba, apoyado en la borda. Le hablé en broma, con una cordial alegría que salió inopinadamente del más negro fondo de mi neurastenia. Deduje entonces que yo era miserablemente feliz y que Edmundo de Amicis se escandalizaría, desde la eternidad, con mi odiosa irreverencia. No sólo no sentía el estupor y la amargura de los emigrantes, sino que bailaba dentro de mí un furioso bienestar. España no era otra cosa que una pesadilla de tres años que iba esfumándose en la bruma. La había engañado sin heroísmo y sin riesgo y tenía derecho a gozar de mi picardía.

Tres años de acecho estaban compensados con este viaje, que había sido para mí una quimera hasta que soltamos las estachas del último puerto español.

Con nosotros venía doña Nieves. Había embarcado enferma y triste. A los dos días de navegación —Gibraltar a la vista— doña Nieves tuvo que abandonar su litera de tercera preferente para pasar a la enfermería. Le aquejaba una de sus enfermedades de difícil clasificación que provocan un íntimo veneno de desgracia y soledad.

Había vivido su juventud en Buenos Aires, se casó en la madurez, y, juntamente con su esposo, puso una tiendecita de ropas en un barrio cuyo nombre no recuerdo. Doña Nieves había dejado a sus hermanos en España y sostenía con ellos una correspondencia no muy copiosa. Cuando sobrevino la guerra civil les envió paquetes y algunas cartas más. Su familia se quejaba de que en Barcelona faltaban muchas cosas y doña Nieves trataba de aliviar su situación con la mejor voluntad. Al terminar la guerra, doña Nieves enviudó. Se vió vieja y sola y sintió miedo por sus últimos años. Poco a poco le dominó una gran ambición de familia y hogar. Carecía de noticias de los suyos desde hacía muchos meses; pero eso no tenía demasiada importancia porque siempre había sido así. Les daría una sorpresa. Liquidó su negocio y unas semanas después se embarcó.

—¿Ernesto Vallés?

—No... No vive aquí.

Buscó a sus hermanos en las tres direcciones que figuraban en su viejo cuaderno. No las halló.

Luego preguntó en los hospitales y en los cementerios. Aquí concluyó su peregrinación. Los regalos que traía para la familia —muñecas y tambores para los chicos— los cedió a un desconocido que le pidió limosna. Compró unas flores y las llevó a la fosa común.

Una bomba en Atarazanas. Otra en el paseo de Gracia. La metralla había extinguido los últimos vástagos de su árbol genealógico. En Atarazanas aplastó como un racimo a Rafael, su esposa y sus tres hijos. Ernesto sucumbió en el puerto. Adrián, herido por un obús que explotó en los talleres "Vulcano", había sido, hasta un mes antes, el único sobreviviente; pero lo habían fusilado en Montjuich. No quedaba en el mundo más que ella, doña Nieves, pobre rama seca y olvidada que no retoñaría con un diario riego de lágrimas. España le causaba más espanto que su soledad. Había terminado la guerra, pero la paz era una siniestra pantomima que volteaba vidas y escombros. Y se embarcó, de regreso a Buenos Aires, sin otro afán que morir en paz junto a unos pocos amigos. Yo la vi subir trabajosamente la planchada.

—¿Cómo está hoy, doña Nieves?

Preguntábamos a la enfermera y al médico de a bordo a las horas de comer, y algunos nos sentíamos un poco pesarosos de llevar con nosotros este silencioso y modesto drama, tan modesto y tan silencioso que no perturbaba la juerga y el baile... Doña Nieves estaba muy mal. Lloraba mucho y pedía excusas a la enfermera por obligarla a tan largas y penosas veladas.

Pasamos el Ecuador sobre un mar tranquilo y ardiente. Se habían tendido los toldos y los canarios del lavandero alegraban las tertulias del mediodía, que dormitaban en las cubiertas. Por la noche se encendieron luces de verbena y los timoneles presenciaron desde lejos la bacanal de los elegidos. Gorritos de papel, "champagne" y "flirts" a la sombra de los botes salvavidas. En torno del barco llevábamos una aureola de sones cubanos y voces borrachas.

A la una de la madrugada el médico dejó la copa en la mesa de la "vedette" y bajó, renegando, a la enfermería. Doña Nieves expiró calladamente. Su agonía fué rociada por la compasión filial de la enfermera, la impaciencia amorosa del doctor y las oraciones de un fraile dominico.

A la noche siguiente, bajo los guiños de la Cruz del Sur, cuatro marineros trajeron el cadáver de doña Nieves a la cubierta de proa. Iba envuelto en un lienzo y colgaban de sus pies dos bloques de hierro.

El cura leyó sus latines a la luz de un cirio que apenas temblaba en la brisa. La tripulación, sobre los cuarteles y los guinches, presenciaba en silencio la ceremonia. Los pasajeros dormían. La noche, apacible y cargada de estrellas y humedad, ofrecía su serenidad y su mudez como un homenaje a la pobre mujer ignorada.

A una orden del capitán, luego que el cura cerró el libro y se santiguó, los cuatro marineros izaron el cadáver y lo dejaron caer al mar. Sonaron las aguas, desflorado su sueño por la carne muerta y el hierro. Desde el puente, el capitán gritó:

—¡Toda a babor!

El barco dibujó en el océano una lívida corona de espumas. Y la sirena dejó oír su ronco y noble acento de despedida.

A. GARCIA HINOJOSA.

Nueva conferencia...

llen; Marx Lewis; Prof. Francis MacMahon; A. Phillip Randolph; Herbert Bayard Swope y Ordway Tead.

En la última reunión del Comité Norteamericano pro República Española, celebrada el 16 de mayo de 1945, se aprobó la siguiente declaración relativa a la libertad religiosa:

"El Comité estima que entre los valores permanentes de una sociedad democrática figuran la libertad de conciencia y de creencia. Está convencido, por lo tanto, de que una España verdaderamente democrática sustentará y defenderá ambas libertades. Más concretamente, está seguro de que las legítimas prácticas religiosas del pueblo católico serán respetadas sin violencias por parte de ningún otro grupo; y encuentra en la encíclica del Papa Pío XII, titulada *Tinieblas sobre la Tierra*, la evidencia de que cualquier dificultad en este problema puede ser resuelta por medio de francas y amistosas conversaciones. Confía también en que cuestión tan importante como la de la enseñanza puede ser tratada en los mejores términos por el pueblo español, por medio de sus representantes. Propone que, en todo caso, el derecho primordial a la libertad religiosa sea considerado como un objetivo principalísimo, y que el examen de los medios para que pueda ejercerse tal derecho debe basarse en la aceptación de este principio fundamental."

DOCUMENTOS ELOCUENTES

COMO PENSABA EL GENERAL VARELA ENTRAR EN MADRID

Creemos de interés reproducir por lo que tienen de significativas desde el punto de vista de la "democracia orgánica", las instrucciones reservadas que el mando militar del general Varela dió a las fuerzas a sus órdenes con vistas a la batalla decisiva contra Madrid (noviembre de 1936).

"Primera. Para asegurar la retaguardia y aniquilar la moral del enemigo hay que infundirle terror. Con este fin, cuando nuestras columnas ocupen un núcleo de población, deberá procederse a ejecutar saludables y definitivos escarmientos en las autoridades que puedan ser habidas. En caso de que logren fugarse se procederá del modo expresado con aquellos de sus familiares que puedan caer prisioneros. A los hechos se procurará revestirlos de los caracteres más públicos e impresionables, haciendo saber que se procederá del mismo modo contra cualquiera que se rebele contra nosotros".

"Segunda. Convendrá mucho requisar el efectivo metálico que se halle en los edificios oficiales y en los particulares desafectos al régimen. En ocasiones será de particular eficacia destruir los edificios, las cosechas y los ganados.

"Tercera. En toda localidad será muy útil informarse con el cura párroco y otras personas de orden, sobre las opiniones de los vecinos más caracterizados. No debe haber ningún inconveniente en incorporar a las columnas, con categoría de oficiales o suboficiales, según las necesidades lo aconsejen, a los partidarios de Falange Española. Estos elementos tendrán por misión, dada la actitud de las tropas vigilar de cerca para impedir movimientos de flaqueza. En caso de manifestarse en algunas columnas, vacilación o resistencia a las órdenes superiores o propósitos de fuga, tanto los jefes y oficiales como los elementos civiles auxiliares, deberán proceder en el acto con la máxima energía. Entiéndase que será preferible incurrir en equivocaciones que dejar que se manifieste flojedad en las tropas. De este rigor dependerá el pronto y feliz resultado de unas operaciones cuyo inminente éxito no ofrece ninguna duda. Los que titubeen en cumplir esta orden serán juzgados a su vez en la forma que queda dicho".

"Cuarta. Para los efectos de quebrantar la moral de los enemigos, en el caso poco probable de que nos ofrezcan resistencia seria, es ineludible considerar como zona de ataque todo poblado a retaguardia del frente enemigo. No importa que en los lugares a que se alude no haya fuerza combatiente. El pánico difundido entre los vecinos que huyen producirá el efecto moral que necesitamos: Está probado que lo que más desmoraliza a una fuerza combatiente es ver que se atacan los hospitales de sangre y las columnas de evacuación de heridos. Convendrá por tanto tener en cuenta esta enseñanza de la gran guerra".

"Quinta. Si, contra toda probabilidad, Madrid nos opusiera resistencia, debe considerarse como objetivo principal la destrucción de las líneas conductoras del fluído eléctrico, así como también las de conducción de agua. Esto último, será de un defecto sorprendente.

"Sexta. (Muy importante y reservado). Los elementos del mando no harán indicación alguna para que la fuerza convierta en "dumdum" los proyectiles. Se harán los desentendidos si vieran practicar dicha operación. Y para estimular a que se haga, deberán mostrarse muy indignados contra el enemigo, protestando en forma violenta por los horribles destrozos que causa con el empleo de semejantes proyectiles. Con ésto es de pensar que baste para obtener una victoria rápida y segura".

A CONFESION DE PARTE...

LA MONARQUIA LIBERAL ES IMPOSIBLE

Como todavía se habla de la posibilidad de restaurar la monarquía en España, sueño caro a muchos conservadores ingleses, nos parece oportuno recordar lo que en 1937 dijo el melífluo don Antonio de Goicoechea, uno de los primeros puntales del pretendiente y actualmente gobernador del Banco de España, al periodista Adolfo Falgarelle, declaraciones que fueron publicadas en "L,Echo" de París y a las que pertenecen estos párrafos:

"Desde el punto de vista doctrinal, los tres partidos revolucionarios blancos se han fundido sin dificultad. Nos hemos sometido al ejército, hablamos entre nosotros el mismo lenguaje y tenemos los mismos objetivos.

"Todos somos profundamente católicos, nacionalistas hasta el último extremo, y adversarios convencidos y apasionados de las instituciones democráticas, tanto como del socialismo y del comunismo".

"Debo decir —prosigue— que se engañaban los que soñaban con una restauración monárquica sobre la base de las instituciones liberales y parlamentarias. Si alguien en Inglaterra o en Francia sueña todavía con una solución de esta clase como punto de transacción para un final de la lucha, se equivoca.

"Ni un solo monárquico se presta en España a tales acuerdos, que no servirían más que para perpetuar la decadencia de España".

LEYENDA Y PERSPECTIVA

SOBRE LA GRANDEZA HISTORICA

Los tradicionalistas sólo ven la grandeza histórica en el pasado, en los hechos que se han convertido ya en legendarios, en los hombres que han alcanzado la categoría de mitos. Para ellos el ideal jurídico no es el derecho en formación, el derecho vivo, en crisis de desarrollo, sino el código de perfecta arquitectura; como el ideal religioso no es la fe naciente, en lucha con la herejía, la revelación siempre cambiante, sino la iglesia petrificada en sus dogmas, con todo el aparato imponente de lo estático y monumental. La grandeza es para el tradicionalista permanencia, la idea que se estaciona tras haber logrado todo su desarrollo, la línea que se fija, el círculo que se cierra. Nada le da idea al tradicionalista de la grandeza histórica como la ciudad museo, acotada en su perímetro y agotada en su desenvolvimiento, con pátina de monumento y quietud de sepulcro. El santo no lo es en el tráfago de la vida, perseguido tal vez como heresiarca o como perturbador peligroso, sino esculpido en los altares, inmóvil ante la perenne lámpara votiva. El fundador, frecuentemente un rebelde, un revolucionario, no lo es sino cuando se le endurecen las entrañas y se convierte en inquisidor. El héroe no lo es en la lucha, en el conflicto de las pasiones o el choque de los intereses, empujado por la pasión o fascinado por la idea, sino en el hierro de la armadura o el mármol de la estatua. Las ruinas, los truncamientos, los esbozos y los fracasos, las fugas geniales, son, a través de la niebla del tiempo, romanticismo. Lo que hoy ha sido capaz de alcanzar la perfección con arreglo al ideal de la época y se mantiene, una vez logrado, en inalterable corrección de líneas, es, lo mismo en la piedra que en la palabra, lo clásico, el modelo, el arquetipo. Acontece lo mismo con la filosofía que con la retórica, con la religión que con la política, con el arte pictórico que con el arte de la guerra. Para un tradicionalista neto no hay más gloria que la póstuma. Para un tradicionalista español la historia es un eterno recitar de las coplas de Jorge Manrique y toda la sabiduría del mundo no va más allá de las sentencias de don Pedro Calderón de la Barca.

Los revolucionarios, por el contrario —ciertos revolucionarios, claro está— desdeñan el pasado o se complacen en trazar de él pueriles caricaturas. Burlarse de Covadonga, de las Navas de Tolosa, de Lepanto y de San Quintín es propio del buen ojalatero de la revolución. Para ciertos revolucionarios no hay institución venerable, monumento que merezca respeto, gloria que no sea una superchería. El Cid es un salteador de caminos, el Gran Capitán un bandido generoso, Cisneros un fraile reaccionario, Felipe II un monstruo, "el demonio del Mediodía". Hay una leyenda progresista como hay una leyenda tradicionalista, y hay un mito revolucionario como hay un mito reaccionario. Y hay, eternamente, el error de juzgar el pasado con las ideas actuales, como hay el error de juzgar el presente —y el que es más grave todavía de construir el futuro— con las ideas del pasado. El primer deber del revolucionario de veras es estudiar y comprender la historia. Singularmente la historia nacional. Porque la verdadera revolución sólo triunfa cuando es la obra del genio nacional. No hay una revolución en abstracto, una revolución universal, humana; hay la revolución inglesa, la revolución americana, la revolución francesa, la revolución rusa. No hay modelos, falsillas ni moldes para las revoluciones. Y cuando la revolución no nace del espíritu entrañable del pueblo, no surge de los propios manantiales, no baja de las propias cumbres, no penetra hasta las últimas capas de la propia tierra, que es lo mismo que llegar hasta lo más íntimo y profundo de la conciencia nacional, es sólo un diluvio de tópicos que la violencia puede convertir en un diluvio de sangre, pero no en hulla roja de ardientes y fecundas calorías.

Lejos de oponerse el ideal revolucionario a la grandeza histórica, toda verdadera revolución se hace en cumplimiento de un gran designio nacional. Los pueblos sólo alcanzan la verdadera grandeza cuando realizan los fines que les impone su genio, y estas grandes realizaciones se verifican en los supremos momentos de creación, que son los momentos revolucionarios. La gran Inglaterra no es la corrompida de los Estuardos, sino la de Cromwell. Toda una conspiración "histórica" se ha desarrollado en Francia —en la Francia que debía sufrir la tremenda lección de 1940— para fijar el momento de máxima grandeza en el reinado de Luis XIV. Según los intelectuales "nacionalistas", era preciso remontar la tradición republicana y llegar por el camino de la monarquía hasta el rey-sol para encontrar las más dilatadas fronteras, geográficas e históricas, del espíritu francés. En el paralelo entre Luis XIV y Napoleón salían ganando la tradición y la legitimidad. Nacionalismo falso como todos los nacionalismos, que olvidaba que sólo por el espíritu revolucionario del siglo XVIII se hace universal el pensamiento francés, y que desconocía que sólo con Voltaire y con Rousseau pasa las fronteras la lengua francesa en algo más que en imitaciones desvaidas según el modelo de Racine y los preceptos de Boileau. Y que es en la tradición revolucionaria y republicana donde se forjan los máximos escritores franceses: Michelet, que es a un tiempo el primer prosista de Francia y el orador de la historia nacional; Víctor Hugo, el más grande poeta de lengua francesa, a pesar de todas las revisiones de la impotencia y de la envidia.

ALVARO DE ALBORNOZ

EN BOGOTA

Se celebraron los primeros juegos florales de Lengua Catalana

Bogotá, mayo 20. (Por avión).—El domingo, 13, se celebraron en el Teatro Colón de esta ciudad los primeros Juegos Florales de la lengua catalana, que constituyeron una magnífica fiesta de cultura. El gran coliseo se hallaba completamente lleno de un público en el que sobresalían bellísimas damas, distinguidos elementos del mundo social y político de Colombia y la mayor parte de la colonia republicana española. Fué mantenedor el ilustre escritor colombiano don Antonio Gómez Restrepo, que leyó un hermosísimo discurso, como lo fué igualmente el del Dr. Antonio Trías, del cual damos una somera referencia.

Entre otras cosas dijo el doctor Trías lo siguiente:

"A juzgar por los últimos acontecimientos mundiales, y si hay un mínimo de justicia en el mundo, para nosotros y para todos los demócratas de la República española del 31, hemos de presumir que puedan ser estos los últimos juegos florales celebrados en el exilio. Pero al reanudarlos en nuestra tierra, tengo el convencimiento que quisiera comunicaros a vosotros todos, amigos colombianos, de que esta fiesta se verá enriquecida en el futuro con la influencia de la cultura americana que muchos jóvenes han de trasplantar allá, con su espíritu moldeado por vosotros; y que los demás impondremos también por un incontenible sentimiento de añoranza de vuestras tierras, de vuestros hombres y de vuestros valores culturales y morales. Yo no puedo ya imaginarme para el futuro de nuestra tierra la menor expansión espiritual, que no vaya acompañada de vuestro recuerdo y aún de vuestra colaboración. Habéis endulzado de tal modo nuestro exilio, que quedará en nuestras almas para siempre el remordimiento de haber sufrido poco en las horas de mayor esclavitud para nuestros hermanos, que no pudieron gozar del refugio inefable que ha sido para nosotros el exilio en este país. De hoy en adelante cuando se hable de lazos fraternos entre vosotros y nosotros, ya no habrá suspicacias alrededor de posibles locuras imperialistas de cualquier orden que pudieran soñarse. Somos los demócratas de nuestras tierras y los republicanos, los que apetecemos sinceramente estrechar con vosotros lazos de hermanos, sin el menor intento de protección que sería absurdo, porque conocemos vuestra madurez espiritual y política y porque al restablecer en nuestro país la normalidad que fué suspendida, a vosotros os deberemos una buena parte de triunfo, ya que con vuestra cordialidad habéis tonificado nuestros espíritus, y con la libertad de que hemos gozado aquí, hemos podido mantener intacta la esencia de los principios por los que luchamos y temporalmente perdimos. En cada momento de nuestra vida futura, vosotros estaréis presentes en nuestras almas como desearíamos estarlo nosotros en las vuestras".

Luego añadió:

"A nuestros hermanos los republicanos del resto de España aquí presentes, un saludo cordial y el testimonio muy sincero de nuestra efusiva gratitud. Vuestra presencia aquí dice bien claramente cómo es de comprensiva y sincera vuestra simpatía hacia nuestras tradiciones y hacia el cultivo de nuestra lengua. Los catalanes no olvidamos que con el advenimiento de la República del 31, por primera vez después de dos centurias largas, fué posible el diálogo sereno y sincero sobre nuestros problemas. Si el estatuto promulgado no pudo satisfacernos plenamente, está en cambio presente en nuestra memoria, que el uso de nuestra lengua fué permitido y preconizado, después de muchos años, en las instituciones de justicia, en los documentos notariales y en los centros de enseñanza. Mucho menos podemos olvidar que juntos luchamos contra las primeras invectivas del fascismo y que en esta lucha colaboramos como hermanos en defensa de ideales que nos eran comunes y que entronizaremos de nuevo unos y otros, cuando para nuestra tierra suene la hora de la justicia que ya se ha consumado en todos los otros países de Europa. Cuando llegue aquel momento, nos dispondremos a dialogar de nuevo. Pero estoy seguro y ello me llena de optimismo y de consuelo de que nuestras aspiraciones autonómicas no han de ser sólo anhelos de justo progreso en beneficio nuestro, sino fórmula de convivencia que nos conduzca a todos a una mayor prosperidad y superación. Yo hago votos por que muy pronto, la vida política de los pueblos hispánicos se estructure en tal forma, que el llamado hecho diferencial, bien evidente a los ojos de quien quiera ver, lejos de ser fuente de antagonismos, sea causa de sincero orgullo para todos, porque cada lengua y cada cultura se considere parte valiosa del patrimonio común de una gran familia hispánica."

Finalmente el doctor Trías, expresándose en catalán, dijo:

"Si es cierto que cada hora tiene su inquietud, no lo es menos, que tiene también su ilusión, aún en el último momento de la vida. Dejadme hacer hoy la ilusión de que estos juegos florales son los del júbilo y de la esperanza. Como hombres liberales y demócratas y también como cristianos, nuestro júbilo hoy, como dije antes, es absoluto. Nada habríamos alcanzado nunca en el terreno de las libertades y de la dignidad humana, si en el resto del mundo no se hubiera ganado la lucha contra las fuerzas del mal. Como catalanes, vivimos sólo momentos de esperanza. Esperanza, aún algo dubitativa, es la que nos enfrenta con la posibilidad de reconquistar para nuestros hermanos y para nuestro pueblo, las libertades que nos arrebataron los que hoy yacen vencidos para siempre. Pero he aquí que la derrota de nuestros enemigos, que lo han sido de la humanidad entera, no ha bastado para recobrar por el momento la libertad que consiguieron ya los demás. ¿Cuál es el motivo de este retardo? Es que nuestros enemigos, de gran magnitud histórica, para esclavizarnos, se valieron de la complicidad de unos hombres, cuya insignificancia es tan supina, que ahora, en el momento de liquidar las terribles cuentas, quedan protegidos por su misma pequeñez. En los grandes terremotos es mejor ser insecto que gigante. Cuando cae una gran masa de piedra, es frecuente que ofrezca en las rugosidades de sus facetas un espacio de salvación para el insecto. Esperemos que en la hora de limpiar al mundo de tantas ruinas, el insecto será encontrado debajo de ellas y bastará, para hacerle justicia, cualquier pisada indiferente. Pero todo ello, nos lleva a formular esta pregunta: ¿Serán éstos los últimos juegos florales celebrados en el exilio? Yo no me atrevería a hacer pronósticos. Lo único que puedo augurar, es que nuestro pleito será el epílogo de esta guerra, tal como en el año de 1936 fué su prólogo. Entre el prólogo y el primer acto, transcurrieron muy pocos meses. Pero es que entonces los traidores del drama tenían mucha prisa en levantar el telón. No estoy tan seguro de que los buenos, que han triunfado en el último acto, salvándonos a todos, se sientan tan impacientes como aquéllos para comenzar el epílogo. Dejadme pues que os hable de nuestra conducta, en caso de que el epílogo tarde en llegar. Es bien humano que estemos impacientes para volver a nuestros hogares, por muy excelsa que haya sido la hospitalidad encontrada en el exilio, como lo ha sido ésta para nosotros. Pero pensemos también que de nuestra tierra sólo podemos añorar hoy el paisaje, sus viejas piedras, el cielo, las playas, y sobre todo nuestros seres amados. Y es cierto también que éstos desde allá, no desean nuestro retorno y sólo lamentan un poder venir con nosotros a estas tierras que sí son amadas por nosotros, son bendecidas por ellos mil veces todos los días. Porque su nostalgia es mucho más honda y dolorosa que la nuestra. A ellos les falta una sola cosa pero la más necesaria a una vida digna: la libertad. Yo sé que ninguno de vosotros ha pensado en el retorno hoy, cuando esta libertad falta allí, aún para las cosas más elementales. Pero podría ser que algún régimen híbrido, de transición, posiblemente largo, abriese la mano en ciertos aspectos. Y aquel será el momento de peligro engañoso para todos nosotros. Seguramente se nos dirá que allí todo nos estará permitido menos actuar en política. Y aquel día será necesario que dejemos de pensar en nuestros deseos para aferrarnos a los imperativos de nuestro deber. Un pueblo no es nada, si no tiene un alma colectiva. El alma de un pueblo, es, en realidad, su pensamiento político. Este es la suma de ideas y anhelos políticos de sus ciudadanos. Nuestros hermanos residentes en Cataluña mientras no puedan opinar libremente son almas aprisionadas o adormecidas que en nada pueden contribuir a formar el espíritu de Cataluña. Aún los que luchan heroicamente en la clandestinidad, merecerán lugar de honor en nuestra historia, pero, por el momento, bien poco pueden hacer para enriquecer el alma colectiva de nuestra tierra. Es evidente, pues, que el alma de Cataluña no está allí. La tenemos en sagrado depósito los que viviendo en tierras libres, podemos forjar su pensamiento. Deberemos, pues, continuar en el exilio hasta el momento feliz en que podamos regresar para reintegrar el alma de nuestro pueblo a su cuerpo inerte, encantado por los espíritus maléficos, desde el día de nuestro éxodo trágico. Nuestra mayor ignominia sería devolver al cuerpo de Cataluña un espíritu raquítico y decrépito. Para que el alma recobrada allí sea esplendente, es preciso trabajar febrilmente en el exilio en todos los órdenes de la cultura, luchar bien unidos y unirnos también fuertemente con el resto de los demócratas de los pueblos hispánicos que tengan un mínimo de comprensión por nuestros anhelos. Solamente así conseguiremos que nuestro retorno signifique la auténtica reincorporación del alma de Cataluña a su suelo, con toda la dignidad y grandeza que ella merece. Que la celebración de los primeros juegos florales en nuestro país para el futuro, sea el símbolo de este glorioso renacimiento."

Entre los trabajos premiados figura uno, interesantísimo, de don Pedro Bosch Gimpera.— E. T. B.

PROBLEMAS Y OPINIONES

LA IGLESIA Y LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA

De la gran revista norteamericana New Europe *correspondiente al mes de mayo, traducimos el siguiente artículo de don Alfredo Mendizábal, cuyas opiniones, que excluyen para el problema de España todas las pretendidas soluciones que no sean la restauración de la República, tienen interés destacado precisamente por ser el señor Mendizábal un republicano católico y de tendencias notoriamente moderadas. -Hemos de advertir, sin embargo, que la inserción del artículo de don Alfredo Mendizábal no implica conformidad por nuestra parte con algunas de las apreciaciones que se hacen en él.*

Entre los importantísimos problemas que la Democracia Española habrá de resolver, cuando España se libere de la dictadura que ahora la tiene maniatada, está el problema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Más por virtud de su naturaleza moral que técnica y por sus hondas raíces en la estructura social y los valores del pueblo español, este difícil problema se equipara en importancia a los agrario, regionales, de instrucción y militar. El antagonismo irreductible de los grupos opuestos en esta cuestión produjo agria intolerancia, terriblemente agravada por la guerra civil, la que para mucha gente tomó el carácter de una guerra religiosa.

Hubo fanáticos mal guiados en ambos lados que consideraron esta guerra como una lucha entre ángeles y demonios, adjudicándose cada cual para sí el papel de ángel —ángeles de exterminio—. Aún a los seis años de su precario triunfo, los victoriosos excluyen a los vencidos de la comunidad nacional, y aquellos que sufren en sus garras quedan con frecuencia sujetos a la destrucción o al maquiavelismo de la conversión forzada, arma de dos filos, puesto que alimenta la hipocresía y la idea de la venganza. La aprobación absoluta y una sumisión completa son exigidas por la dictadura y se castiga severamente a los no conformistas.

EL ESPIRITU RELIGIOSO ESPAÑOL

Para el pueblo español la certidumbre de la muerte es como una constante presencia que presta hondo significado a su vida. Toda la vida es solo prepararse a la muerte: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir", dijo Jorge Manrique, el poeta. Se conoce a la muerte como la hora de la verdad", pensamiento preñado de significación teológica, el cual explica el serio interés del español en ese juego con la muerte: los toros. El teatro clásico popular y todas las formas típicamente españolas del arte reflejan ese sentido triunfal sobre el mundo, por un religioso simbolismo que carga la contingencia con un aliento de eternidad.

Esta clara actitud religiosa hacia la vida y especialmente hacia la muerte, puede hallarse en todo el pueblo español, entre creyentes y no creyentes por igual. Ambos forman un pueblo profundamente religioso. Lo religioso del español enraiza en la tradición católico-cristiana. Cierto que durante la Edad Media y hasta el siglo XV coexistían la cultura árabe con la judía y con la predominante cultura cristiana. Pero si bien hubo períodos de fértil colaboración entre las tres culturas, tan brillantemente por ejemplo como en el Colegio de Traductores de Toledo, que en el siglo XII era lugar común de ideas, la cultura cristiana tuvo siempre, sin embargo, con mucho, la mayor influencia sobre las tradiciones religiosas españolas.

La final supremacía cristiana se logró con la Reconquista, que durante un período de ocho siglos guerreó liberando a la península de la dominación árabe. Este proceso de unificación nacional, iniciado con la liberación del territorio español, se completó por la unificación nacional religiosa, que condujo a la expulsión de los judíos y después de los moros, o a su forzada conversión.

La persecución de los judíos en España siguió a varios siglos durante los cuales habían recibido trato muy favorable. Los mismos historiadores judíos concuerdan en que las condiciones de su gente en España, entre los siglos XII y XV, eran realmente satisfactorias, comparando con condiciones imperantes en Inglaterra, Francia y Alemania, donde las confiscaciones, las matanzas y expulsiones ocurrían a menudo.

En España, la persecución a los judíos fué resultado de un conflicto religioso, no racial. El bajo clero animó un amplio resentimiento popular contra el favor a los judíos por el alto clero, los nobles, los intelectuales y hasta los reyes, quienes durante muchos años resistiéronse a adoptar medidas antijudías, pedidas por el populacho.

A comienzos del siglo XV, se intentó incluso resolver el conflicto religioso con espíritu de comprensión y tolerancia. Una especie de Consejo mixto, conocido con el nombre de Debate de Tortosa, en que figuraban los principales rabís, obispos y teólogos cristianos, celebró sesenta y nueve sesiones, entre febrero de 1314 y noviembre de 1414, para discutir posibilidades de conciliación y puntos discrepantes de ambos credos.

Pero, al final, la Inquisición trajo el forzoso exterminio de la religión israelita. Del mismo modo, después, la Inquisición suprimió los esporádicos intentos del protestantismo, que se había extendido en la Península Ibérica, principalmente por las enseñanzas de los discípulos de Erasmo entre el alto clero y por la florescencia extraordinaria de los humanistas.

El protestantismo nunca pudo establecerse en España, ni en el período de la Contrarreforma ni después de la Inquisición, cuando ya los protestantes no eran sometidos a la persecución legal.

Hubo defecciones de la religión católica en España, pero no hacia el protestantismo, si bien algunos fueran más allá que los protestantes en la crítica del dogma ortodoxo, por ejemplo el doctor aragonés Miguel Servetus, a quien Calvino denunció violentamente, condenándole a morir en la hoguera, en Ginebra.

En los siglos XIV y XX, muchos intelectuales destacados se desentendieron de la Fé y de la práctica del catolicismo, pero ninguno aceptó la disciplina de la Reforma. O quedaron dentro de la tradición moral católica, rechazando sencillamente la teología, o siguieron los pasos del agnóstico.

Miguel de Unamuno, profundamente místico cristiano, con tortura angustiosa tan semejante a la de Kirkegaard y con sus frecuentes interpretaciones subjetivas y no ortodoxas sobre el cristianismo, es el prototipo del católico indisciplinado. Igual que protesta contra todo, protesta contra el protestantismo y, sin la humildad de un Pascal, discute cuestiones de la fé y del dogma. Pero cuando se dirige a la Iglesia da la impresión de atacarla desde dentro, aprestándose a defenderla contra los enemigos de fuera. Es también a su peculiar modo, el espíritu de la Contrarreforma.

LA TRADICION CATOLICO-DEMOCRATICA

Durante la Edad Media y a comienzos de la Moderna, la Iglesia, en España, por intermedio de sus figuras más representativas, actuó como fuerza democrática en la vida de la nación. En los siglos VI y VII, los Consejos de Toledo, que al principio eran asambleas religiosas, pero fueron organismos legislativos de la monarquía visigótica, se oponían al poder despótico de los reyes, defendían al pueblo contra los abusos de sus señores, establecieron una estructura jurídica y moral de fuerza política e impidieron el empleo de la fuerza para convertir a los judíos. San Isidro, obispo de Sevilla, quien presidía el Cuarto Consejo de Toledo en 633, y cuya labor enciclopédica ilumina toda la Edad Media, demostró sus democráticas convicciones, al concebir la ley como fruto de la decisión popular (constitutio populi), conjuntamente adoptada por nobles y plebeyos. Tal concepción es antecedente verdadero de la doctrina de la "voluntad popular".

Los teólogos, que constituían la Escuela Española del Derecho Natural en los siglos XVI y XVII, se distinguían por el celo en sostener los derechos populares y la tesis de que el poder civil es de origen democrático. Según el dominicano Francisco de Vitoria, ningún hombre tiene, como derecho natural, la fuerza de imponer las leyes a otros, puesto que el hombre es naturalmente libre, debiéndose solo a Dios sujeto. (De potestate civili, 7).

Cuando la conquista del Nuevo Mundo condujo a los indios bajo la dominación española, Bartolomé de las Casas y muchos teólogos de su tiempo, especialmente Vitoria, mantuvieron los derechos de los indígenas contra las pretensiones de Carlos V y contra las del poderoso Felipe II y el núcleo de sus favoritos. Protestaron constantemente, no sólo contra abusos de la colonización sino también contra los mismos principios según los cuales el rey de España disponía de un poder absoluto sobre los pueblos recién descubiertos. Esos pensadores proclamaron el derecho del indígena a gobernarse. "Los cristianos —decía Vitoria— no pueden por la fuerza ocupar tierras de los no creyentes; el emperador debe tratar a los habitantes de dichas tierras como trataría por ejemplo a los habitantes de Sevilla". Cuando los reyes invocaron la autoridad pontificia para justificar la conquista, replicó Vitoria que "el papa no puede dictar leyes a pueblos paganos ni obligarles a observar las leyes que él promulgue".

Bien sabido es que los obispos actuaban como "protectores" de los indios, y en México los franciscanos españoles mostraron gran celo en la liberación de indígenas. Mantuvieron que el "expediente de reducir a la esclavitud a las naciones del Nuevo Mundo, para obligarlas a aceptar nuestra Fé y obedecer al rey, es una iniquidad", y "ha de preferirse que ninguno de los habitantes del Nuevo Mundo se convierta a nuestra Santa Religión y se pierda para siempre la soberanía regia, a que nadie de esos pueblos quede sujeto a esclavitud".

En general, puede decirse que la desinteresada actitud del Estado y la Iglesia para con las Colonias contrastaba con la rapacidad de los aventureros, combinada con la brutalidad de algunos conquistadores.

Si los teólogos de ese tiempo querían la libertad para los indios, con más energía todavía la defendían para los mismos españoles y todos los hombres civilizados. Mucho antes que Hobbes y Rousseau, proclamaron los principios que han sido base de la Democracia moderna, concibiendo la libertad como derecho natural; y clamaron por la fraternidad de todos los hombres, basándose en que todos somos hijos de Dios, sin distinción de razas, color o religión. La teoría del contrato social fué perfectamente desarrollada en el siglo XVII por Francisco Suárez, que en su gran "De legibus" (libro III, capítulo IV), encara el punto de que "el poder como derecho natural no existe para ningún hombre sino para la República", pues que "no fué directamente conferido por Dios al hombre sino a todos los hombres". Y, para salvar al pueblo del peligro de la tiranía, reconoce el derecho de resistir contra los poderes ilegítimos. En su "Defensio Fidei", (libro III, capítulo II), dice que "la Democracia sólo puede existir como institución positiva, como consecuencia del orden natural". Juan de Mariana, como Suárez, afirma en su obra "De rege" que el régimen del estado ha de ser liberal y el poder, "para ser legítimo, debe venir del pueblo y limitarse por leyes y sanciones, para no ser abuso contra los súbditos".

LA SITUACION PRESENTE

¿Se perdió completamente el eco de doctrinas tan nobles y que tan valientemente defienden la dignidad del hombre en la comunidad política? En la España de hoy, cualquiera que intentara sostener públicamente esos principios caería bajo el peso de las más duras sanciones. Se prohibe la democracia. Se suprimieron las libertades esenciales del individuo. Se niegan los derechos políticos fundamentales. Y todo ello por un dictador que proclama inspirarse en principios católicos; que ha solicitado, obtenido y cobrado la aprobación y bendición de la jerarquía eclesiástica; que lanzó grandes masas de católicos a la ruda lucha entre hermanos y compatriotas, ocultándolo, tras de la frase "guerra santa" (escandalosa profanación y "contradictio in terminis"), puesto que era efectivamente una guerra de insurrección contra la República, que los generales rebeldes habían jurado defender con su honor como el régimen legal de la nación.

Por la voz de casi todos los obispos de España, la Iglesia aceptó y sostuvo la rebelión desde su comienzo, en contra de instrucciones formal y unánimemente dadas por los mismos obispos durante los primeros años de la República con objeto de mantener a los católicos fuera de las huellas de la sedición. Poco después de votarse la Constitución, cuyo giro anticatólico había creado honda inquietud entre los creyentes, la Declaración Colectiva del Episcopado, el 20 de diciembre de 1931, recordaba que: "La Iglesia nunca dejó de inculcar el respeto y obediencia debidos al poder constituido, ni aún en aquellos casos en que sus representantes han abusado... Cooperar mediante participación o abstención en la ruina del orden social, en la esperanza de que de tal catástrofe puedan salir mejores condiciones, es actitud reprensible que, por sus efectos fatales, equivaldría a traición contra la religión y el país... No es por una sedición y actitud de violencia como los cristianos han de remediar los males que sobrellevan".

¿Cómo dichos principios expuestos en 1931, condenando la sedición —(de temer como una catástrofe y de calificar como traición)— no habían de ser válidos en 1936, cuando justamente se ofrecía la oportunidad de aplicarlos? ¿Por qué la persona que dirigía la "traición contra la religión y el país" recibió el título de salvador de la religión y del país? Los defensores de la "sedición y actitud violenta" clamarán que trataban de remediar males de la sociedad. Ahora bien, en España el fascismo se presentó como reacción defensiva contra un estado de desorden y levantamiento. Sólo aquellos cegados por la pasión negarán que había desorden político y social bajo el Frente Popular. La atmósfera estaba impregnada de violencia. En el primer semestre de 1936 hubo 182 muertos, exceso tan deplorado por muchos dirigentes derechistas que en el parlamento denunciaron los crímenes. Pero nadie podrá negar que el "remedio", fríamente escogido y preparado, y brutalmente ejecutado por los "salvadores de la nación", fué mal infinitamente peor. Un millón doscientos mil españoles fueron muertos en la guerra civil, la mayoria de ellos (750,000) asesinados, en ambos bandos, a retaguardia.

La hoja del macabro balance de la guerra civil declara convictos a sus promotores, que, titulándose "defensores" del órden, se lanzaron a la loca aventura y produjeron el mayor desorden imaginable. De hecho, alimentaron la revolución que tanto temían. Puesto que tantos católicos habían cometido el delito de sedición y puesto que, del otro lado, la furia anticlerical de los partidos de extrema izquierda se desataron contra la Iglesia y sus ministros, el episcopado podía haber sentado el ejemplo del espíritu evangelico, situándose como mediador para restablecer la nación "in vinculo pacis." Ese ejemplo habría hecho impresión en los adversarios e ilustrado a los afiliados. Los crímenes innumerables cometidos en una zona contra elementos de la "derecha" provocaron explosiva condenación de la jerarquia eclesiástica; pero iguales crímenes cometidos por los agentes de Franco, contra los elementos de la "izquierda", fueron velados en el silencio, si no con excusas de aprobación, por quienes mostrándose más anhelosos de condenar a los que se alejaban de la Iglesia, que de impedir se perpetrasen los más infamantes hechos en nombre de los más sagrados principios. Esto creó un abismo entre las masas y la Iglesia, que tendrá serias consecuencias sobre la paz religiosa.

En España, la causa de la paz civil está ligada a la de la paz religiosa. El clericalismo y el anticlericalismo son desviaciones del espíritu liberal, respectivamente. En la situación creada por la guerra civil y después, el actual régimen (que constantemente declara su adhesión a la Iglesia y protesta de su catolicismo, mientras practica principios fundamentales anticristianos) la Iglesia,

VALIJA *indiscreta*

EL APOSTOLADO Y EL PRESUPUESTO

Según noticias de Madrid, "la Asesoría Eclesiástica Nacional de Sindicatos ha convocado a una magna asamblea a los sacerdotes adscritos a los sindicatos, con el fin de estudiar las posibilidades del apostolado en dichos centros, para la evangelización de los productores".

Conviene saber que en la España falangista se ha recurrido a llamar "productores" a los "obreros" o "trabajadores", para evitar el tufillo revolucionario que desprenden estos últimos vocablos. Ahora todos son "productores". En los cafés de Madrid la gente lo toma a broma y, en vez de llamar al mozo, llama al "productor", que acude a servir el café con leche como si ambos líquidos los hubiese producido él mismo. (El "hombre de café" ha estado siempre dispuesto a creer que la leche no la daban las vacas, sino los camareros, porque el "hombre de café" ha perdido completamente el contacto con la naturaleza. El día que viera ordeñar a una vaca, se sorprendería lo mismo que si le enseñasen el árbol de las medias tostadas. Recuérdese que fué un hombre de café quien se extrañó de que los boquerones pudiesen ir por el mar en grupos de media docena, pegaditos por la cola, en forma de abanico. Y es conocido, finalmente, el caso de aquel "hombre de café", cliente del Regina, a quien el médico recomendó el cambio de aires, y se trasladó al Negresco. Todo ello explica que el "hombre de café" acepte fácilmente el llamar "productor" al camarero.) También llaman en Madrid "productores" a los limpiabotas, a las vendedoras de décimos de la Lotería y a las coristas de revistas sicalípticas. La organización sindical de la Falange se basa en el "productor", y, por lo visto, también son "productores" los sacerdotes adscritos a los sindicatos falangistas.

Los sindicatos falangistas tienen, como vemos, asesores eclesiásticos, cosa que nunca se les había ocurrido tener a la U.G.T. ni a la C.N.T. ¿Cuál será la función sindical de esos asesores eclesiásticos? Supongo que se dedicarán a reclamar la cantidad de sermones, triduos, misas mayores, etcétera, que corresdonde a cada "productor". Antes luchaban los sindicatos por las ocho horas de jornada, y ahora es posible que los asesores eclesiásticos les aconsejen que luchen por los ocho horas de indulgencia plenaria. Y lo mismo que antes se pedía aumento de salario, quizás ahora se pida aumento de bendiciones episcopales. La lucha sindical entablade en ese terreno puramente espiritual, acaso ofrezca maravillosas sorpresas, como la de suprimir las huelgas, que pueden ser substituídas por rogativas, y los lockouts, por ayunos de precepto.

Ahora se trata de evangelizar a los "productores", que, a juzgar por esa noticia, no están bien evangelizados. El catolicismo indígena se propone, pues, catequizar a los "productores", a los obreros, que siempre fueron reacios a la evangelización. La Iglesia española siempre ha tenido gran éxito con las clases adineradas, con los grandes terratenientes, con los dueños de las fábricas, con los usureros, con las entretenidas de postín, con los socios de la Gran Peña, con los rentistas, pero no con los humildes, con la gente trabajadora. A ello se debe que el catolicismo español parezca una religión de ricos y no de pobres. Algún cura español de buena fe todavía repite aquello de que "es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el Reino de los Cielos". Los pobres españoles siempre han oído eso con cierta desconfianza, ante lo incongruente de la comparación. "¿Hay alguien en el mundo —piensan— que haya intentado pasar un camello por el ojo de una aguja? Entonces ¿cómo saben lo de los ricos?" La idea de que un caballero tome un camello con una mano y quiera hacerlo pasar por el ojo de una aguja, para demostrar que tampoco los ricos gozarán de la bienaventuranza eterna, les ha parecido siempre a los pobres españoles tan absurda, que nunca se han dejado convencer por la exagerada parábola evangélica. Lo que los pobres han visto es que los curas en España van a los entierros de los ricos y les echan bendiciones, y no van en cambio a los entierros de los pobres. De eso deducen que, en España, para ser buen católico, hay que empezar por tener dinero. El razonamiento no carece de cierta lógica, y trasladado al escalafón eclesiástico adquiere evidencias incontestables: un canónigo es en la escala del catolicismo militante más que un sacristán, y a su vez un obispo es más que un canónigo. Traducido esto a pesetas resulta que un abispo gana más que un canónigo y éste más que un sacristán. Si el catolicismo español fuese realmente una religión de pobres, ocurriría seguramente lo contrario; es decir: el más pobre ocuparía la más alta jerarquía espiritual, y ello se podría conseguir bien dando a los obispos el sueldo de los sacristanes o bien dando a los sacristanes la dignidad eclesiástica de los obispos.

Un pobre español oye siempre con recelo y desconfianza a quienes tratan de explicarle que, aunque en esta vida le toque sufrir y trabajar mucho y comer poco, en el Cielo se dará luego la gran vida, es decir, la gran muerte. El pobre español está ya escamado de tantas vanas promesas, y en ello tiene su origen la frase popular de que "todo eso son sermones". El pobre español desearía un pequeño adelanto en esta vida a cuenta de tantas delicias como le prometen para la otra. Por ejemplo: un poquito menos de miel en el Cielo, y algún cocido más en la tierra; menos música celestial luego, y poder ir ahora alguna vez al teatro, como van los ricos. Los mejores teólogos españoles no han podido resolver nunca ese problema ni lograr tan justas compensaciones, y de ahí le decadencia del catolicismo español entre las masas populares, esto es, entre los llamados "productores". Los españoles ricos, en cambio, no han tenido ningún inconveniente en seguir siendo católicos, porque ellos van tirando en este mundo y ya veremos lo que pasa luego. Además, los españoles ricos son fervorosos católicos porque la Iglesia recomienda resignación y mansedumbre a los pobres, y sin la resignación y mansedumbre de los pobres no habría riqueza para los ricos. La Iglesia Católica ejerce, en efecto, en la sociedad española un popel que podríamos llamar de guardia civil espiritual. El día que los curas españoles salieran a la calle con tricornio en vez de sombrero de teja o solideo, ningún rico se extrañaría de cambio tan lógico y natural. Y el ideal de los ricos españoles sería que los curas oficiasen con máuser. Las guerras absolutistas de la carlistada realizaron en el siglo pasado ese ideal de la Iglesia española de los ricos, y en nuestros días lo ha realizado el Movimiento Salvador, con curas legionarios —hijos naturales de los curas trabucaires de las partidas carlistas— y obispos que hacen a Franco el saludo falangista a la puerta del templo.

La evangelización de los "productores" resulta, pues, una necesidad vital para los ricos españoles que son falangistas y católicos, porque si los "productores" no se evangelizan pronto, todo se lo llevará el demonio, y los curas no podrán seguir cobrando del presupuesto, lo que constituye el verdadero fin del apostolado. Precisamente estos días he leído las cifras del presupuesto de Culto y Clero en la España de Franco. Asciende dicho presupuesto anual a la cifra de 103 millones de pesetas, en números redondos, de los cuales 89 millones corresponden al Clero y el resto al Culto. En España cuesta más el clero que el culto, es decir, más el religioso que la religión, lo que explica que España sea menos religiosa que clerical. Esos 103 millones salen del sudor de los "productores" y los recaudan los señoritos falangistas, que son católicos ricos, quienes los entregan a los curas para que éstos evangelicen a los mismos "productores" que pagaron antes esos millones en forma de impuestos de consumo, de inquilinato, de timbres y recargos, etcétera. Si los "productores" no se evangelizan pronto, algún día se cansarán de producir y no será posible sacar de ellos ningún impuesto, con lo que pronto se acabaría el presupuesto de Culto y Clero, más clero que culto. Cierto es que si los "productores" tuvieran vocación natural para evangelizarse, no necesitarían tantos intermediarios. Y si, en definitiva, los curas supiesen que iban a seguir cobrando del presupuesto de la República, tampoco les interesaría mucho evangelizar a los "productores" de los sindicatos de Falange.

Yo temo mucho que va a perder el tiempo la Asesoría Eclesiástica Nacional de Sindicatos Falangistas en su nuevo apostolado. Pero, de todas maneras, he querido exponer el problema con toda objetividad, para que no se diga que los republicanos vivimos de espaldas a la realidad y que ignoramos las inquietudes espirituales del clero indígena, de la Iglesia Católica, Apostólica Romana y Falangista del cardenal Segura.

EL VALIJERO.

---

en España, sufre el proceso de entrar en política incrustándose en el Estado. Así, la Iglesia aparece terriblemente envuelta y junta a un sistema que niega la fraternidad del hombre y los derechos del ciudadano. De vez en cuando, ciertamente con timidez, trata de librarse de la fiscalización de sus "protectores". El miedo a la revolución le impide romper los vínculos y retirar su apoyo a un régimen que consideró liberador, pero que ha sido corruptor. La Iglesia comprendió esto demasiado tarde, pero cada día el número de católicos que repelen tal confusión aumenta.

El anti-clericalismo, en España y otros paises latinos, casi siempre tuvo características violentas. No solo es una posición contra el clericalismo sino que proviene de hostilidad a la Iglesia y a la acción de ésta sobre la sociedad. Para el anticlerical, la misma existencia de la Iglesia es una fuente de provocación. El anticlerical español— enemigo del clero, así como del clericalismo—, con frecuencia, es maniático. Bien se demostró con el agravante sectarismo impuesto a la legislación constitucional republicana por los grupos de extrema izquierda. Esta fué una de las causas reales, aunque insuficientes, de que muchos católicos que se consideraban perseguidos, fuesen hostiles a un régimen que les convertia en ciudadanos de segunda clase y negaba sus derechos fundamentales de religión, mediante criterios discriminatorios.

La hostilidad y la confusión entre la Iglesia y el Estado son dos males opuestos que, sucesivamente, sufrió la sociedad española. Los elementos moderados, que querían separar ambas instituciones en forma amistosa, no eran bastante fuertes, y se impusieron quienes querian la lucha a toda costa. Los parlamentarios católicos de las Cortes Constituyentes no se aponian a la separación, como recíproca independencia de las respectivas esferas espiritual y temporal, pero tenían que oponerse al sectarismo y la persecución. Es deplorable que dicha oposición excediera, después, los conductos legales; y que demasiados católicos recurrieron a la fuerza de las armas en vez de a la fuerza del espíritu. El problema puede solo resolverse en un régimen democrático y en una atmósfera de libertad y recíproca buena voluntad. La demagogia y el fascismo lo han desvirtuado y emponzoñado. Un régimen genuinamente republicano puede y debe devolver la paz deligiosa a los españoles. Solo de este modo podrá haber paz civil.

ALFREDO MENDIZABAL

Comisión sanitaria

En ayuda de los republicanos españoles en Francia

Con propósito de ayudar a los republicanos españoles que se encuentran en Francia, se ha constituído bajo el patrocinio del Ateneo Ramón y Cajal, una Comisión encargada de organizar el auxilio que desde México pueda prestarse a nuestros compatriotas. En el manifiesto publicado al efecto, la Comisión dice:

"La penosa existencia que arrastran en estos momentos los españoles refugiados en Francia demanda urgentemente nuestra ayuda. No es posible relegar, ni un instante más, este grave problema. La situación interior de la gran nación francesa está erizada de dificultades. Desde su liberación, el Gobierno del ilustre general De Gaulle está desarrollando grandes esfuerzos para el retorno a la vida normal. Pero la obra aniquiladora de los nazis ha sido tremenda. Las fábricas destruidas han dejado a muchos trabajadores en la calle. El pillaje, el saqueo, la depredación han originado la escasez, una escasez casi absoluta, en la mayor parte del país. Francia trata de recobrarse, además, en medio de una Europa desolada, esquilmada por el vandalismo hitderiano, y ello, naturalmente, le confiere sacrificios más dolorosos, e imprime a sus tareas de recuperación mayor lentitud. Los españoles acogidos a la hospitalidad francesa desde los días del éxodo de Cataluña, sufren indeciblemente bajo estas difíciles condiciones. Es cierto que el Gobierno francés se preocupa de ellos y les ayuda en cuanto puede; pero no es menos cierto que, en un país que atraviesa un período de amargas necesidades, por fuerza han de ser los extranjeros los que lleven la peor parte. Entre esos extrajeros se cuentan miles de republicanos que defendieron la libertad y el honor de España en el primer acto de la guerra que acaba de liquidarse en Europa."

Luego agrega: "En general, faltan los medicamentos, y los que se encuentran, tienen precios fabulosos. Una dosis de calcio, una simple pastilla de aspirina, cualquier remedio, por pequeño que sea, alcanza tal cotización en el mercado francés, que escapa a las posibilidades de los republicanos españoles. Dolorosas son las privaciones, el hambre, la miseria, la falta de vestidos, pero ningún dolor se aproxima al del enfermo que no puede procurarse los elementos de su curación. Será por consiguiente la más humanitaria de las campañas la que se proponga remediar, siquiera en parte, esta dramática situación."

Firman el llamamiento los siguientes señores:

Presidente: Dr. Manuel Marquez.

Vocales: Doctores Donato G. Alarcón, Enrique Arreguín, Jr., Julio Bejarano, Arturo Cortés, Ismael Cosío Villegas, Isaac Costero, Rafael Fraile, García Cerviño, Martín Gromaz, Alejandro Otero, José Puche, Antonio Rallo, Joaquín Sanz Astolfí, Emiliano Soriano.

LUCES DE JUSTICIA

ESTA ESCRITO

Por JOAQUIN ARDERIUS

PARA los que somos fatalistas, en esta hora de tanta loca paradoja, en la que después de haber puesto a la humanidad entera en pie de guerra en esforzada cruzada contra la tiranía y haberla vencido hasta lo inverosímil y los Pontífices de la victoria —incluyendo entre ellos al Sumo— en una burla vesánica le encienden una vela a la libertad y otra a la esclavitud, nuestros pechos están abiertos de par en par a la esperanza —a pesar de los pesares—, seguros de que la bandera de la República Española danzará con genialidad insuperable en la bola del Ministerio de la Gobernación en ese gran Anfiteatro que será la Puerta del Sol, ante los ojos de llanto, los corazones de explosión, y las manos de alas de paloma batiendo palmas, del pueblo de Cervantes y de Calderón, del rebelde y mártir pueblo de la justicia.

¡Yo ya estoy llorando!

Quiéranlo o no lo quieran nuestros enemigos, será lo mismo.

Ni los dioses impedirán que a Francisco Franco se le dé garrote con una horca de música, que tocará en sus ronquidos mientras lo ahoga el "Himno de Riego".

No lo salvan ni el Primer Ministro inglés, ni el Papa, ni la Virgen del Buen Consejo.

Sucederá lo que tiene que suceder aunque no lo quieran sus poderosos padrinos.

Hitler y Mussolini, que fueron en un tiempo más poderosos, tampoco quisieron perder la guerra y la perdieron.

Todo va en la forma de ponerse ante la cara de esa que le llaman la Justicia.

Sí, la República Española será "gente" en este nuevo renacer democrático de la vieja Europa.

¿Cuándo?

Antes de lo que Franco lo desea, y también antes que otras naciones de las que los manijeros de la victoria tratan de meter a empellones antes que a nosotros en la cola de la Independencia.

Estamos en una fase del destino humano en el que la Justicia se ha tomado un cuarto de hora para ser la Emperatriz de la Tierra.

Que no se crean otros que ellos son los Emperadores, porque van a llevarse un chasco.

Somos fatalistas y aunque nos quieran meter a martillazos otra cosa en la cabeza no nos entra.

¡Claro que somos fatalistas a nuestra manera!

Siempre de cara al Oriente.

No hemos de ir en busca del sol naciente por la vereda que conduce a su cementerio, al Occidente.

O se cree o no se cree en la vida.

Ese es, precisamente, nuestro caso de fatalismo: como creemos en la vida, nuestra filosofía —de hombre de la calle y no de escolástico— está basada en tener fe, la evidencia de que sucederá lo que inexorablemente tiene que pasar.

¿Y qué es lo que tiene que pasar para los que creen en la vida?

Pues todos aquellos fenómenos que le den salud a la vida: perfección progresiva de libertad para el individuo y para la colectividad; fraternidad ascendente en los hombres, hasta fundirlos; a los de todas las razas, países, y clases, en una sola familia humana...; y, en fin, todo fenómeno que lleve dentro de sí la sangre caliente de la vida, para ir dándosela a la vida, para que la vida viva cada día con más salud, y no se enferme ni se muera.

Creer que los tiranos pueden volver a esclavizar al mundo, está bien para los que opinan que la humanidad enferma, sin remedio, agoniza y marcha hacia la muerte. Los que esto crean que lo proclamen con consciencia, formen una humanidad aparte, y en una caravana macabra, compuesta de sepultureros con la piqueta al hombro, cadáveres, ataudes, cirios y responsos, marchen de espaldas a nosotros, alejándose cada instante más hacia los reinos del Ocaso.

Pero lo malo, la gran tragedia para la humanidad, es que estos son unos monstruos que se arrastran, cometiendo toda bajeza y todo crimen por los caminos de la muerte, persiguiendo a la vida, que los encandila. Quieren atraparla con avaricia para encerrarla para ellos solos en una caja de caudales y poderla disfrutar a su capricho.

Siempre el futuro les es adverso, siempre se equivocan, siempre pierden, pero nos perturban con tempestades de muerte.

Todo parece que va a sucumbir, pero son ellos los que sucumben, y la vida sale más potente, aclamada por los que somos de ella y para ella; siempre victoriosa hacia su trono, que no es el de los reyes, sino el de la infinita perfección del hombre.

Que no es el de los reyes, señor Churchill, sino el de la soberanía de los pueblos libres. Ni tampoco el que le forjaran, con sus bayonetas, Mussolini e Hitler a Franco, juntamente con la complicidad de las llamadas democracias, no señor; por lo que respecta a nosotros, los españoles, el trono de la vida es el que ha levantado nuestro pueblo con su sangre y su rebeldía, jamás dominado por nada ni por nadie en un empeño infinito de libertad.

Sí, la tragedia está en eso: en los que creen que los tiranos pueden volver a esclavizar al mundo, en los que arrastrándose por caminos de muerte persiguen a la vida para monopolizarla.

Estos siempre se equivocan; pero nosotros, los fatalistas que caminamos hacia donde nace el sol, somos videntes, y nuestro jadear de fe en la senda por donde andamos, es sangre que circula por las venas del tiempo, voluntad de la Creación, semilla de realidad, infalibles alondras que cuando cantan cuajan con sus trinos al sol en las cumbres de las montañas, o en los páramos de la injusticia.

¡O en los páramos de la injusticia, sí!

Nuestro jadeo de fe son infalibles alondras, que con nuestros trinos cuajaremos al sol de nuestra independencia nacional y nuestra libertad ciudadana sobre ese páramo de injusticia que han hecho surgir de nuestro martirio las fuerzas de la reacción y sus cómplices.

¿Alondra?... ¿Alondra...

¿En dónde hemos oído cantar una alondra... una alondra singular... cuyos trinos llenaron al Orbe, y aun están sonando como música de diana, dándole vista a los ojos ciegos del amor, que en el delirio de un idilio de ansia de eternidad, leían en la luz rosada de la aurora el caminar errante de un vagabundo meteoro, que con sus melenas de rayos de incendio inflamaran al aire, dando la apariencia del parto de un nuevo día, pero que no era día sino un trasnochador refulgente?

En la celda de una cárcel? ¿En un bosque?... ¿O en una alcoba?

Sí, en la alcoba de un palacio italiano.

—¡El día viene; huye, amado mío!

—No, no, es el día. El día no puede ser tan cruel que destroce nuestro éxtasis. Es un meteoro, amada mía, un meteoro que ha surgido de los arcanos del amor para hacerse una lámpara y arder en mitad del cielo y tocarnos una sinfonía de luz, a tí y a mí, que somos la eternidad, sin principio ni fin, en el sublime duo de los martillazos que dan la mujer y el hombre en la forja de la humanidad.

Y la amada, rendida, embriagada, como una Eva en un festín de alucinaciones de espíritu en frenesí, acostó su divina cabeza en el pecho jadeante de su Adán, y mordiendo los bordes de la copa púrpura que él le daba, que era su corazón desbordado de inefable pasión, murmuró borracha en temblores de paroxismo:

—No, amado mío; tienes razón: esa claridad no es del día; es de un meteoro.

Pero una alondra cantó en el parque... con su flauta de notas de la verdad infalible del pregón que proclama al día, y el amado despertó de su error, y levantando su febril frente murmuró desolado:

—La alondra canta: es el día.

—¿Ves? es el día. ¡La alondra nunca miente!

Y el amado huyó descolgándose por la ventana, y corrió, no por miedo, sino por el honor de la doncella que dejaba en la alcoba, como un náufrago del velero del éxtasis del amor nadando por el mar de las luces del día.

Si no recordamos mal, este amanecer salió de la frente de un compatriota del señor Churchill; amanecer cuyo valor sin tasa está en el precioso metal de nativa realidad del corazón humano y de fatalismo de la Naturaleza; de ese fatalismo que hace que el sol salga siempre por el Oriente, los peces habiten en las aguas, el hombre piense y se supere, los gatos anden por los tejados, y las aves, sin aviones, vuelen. Y así todo fenómeno y toda cosa creada.

Obediente a las leyes de la Naturaleza, el poeta inglés no le hizo gritar a un buho para pregonar al día. Fué a la alondra, a la alondra que, en la gran fábrica de la creación, es el obrero que tiene asignada la labor de levantar con su pico todas las auroras, al sol, para que le dé luz y calor a la Tierra.

Somos fatalistas, sí, porque creemos en la vida y en que la hora presente es de las democracias y no de las tiranías, y tenemos la evidencia de que, pase lo que pase, la bandera de la República Española danzará en la bola del Ministerio de la Gobernación, mientras se le esté dando garrote a Franco en la Puerta del Sol.

Y los republicanos españoles somos alondras, que en San Francisco, en Europa, en América, en los sepulcros, en las cárceles y en el mundo entero, pregonamos la restauración de nuestra República.

Si hay algún partidario de cierto príncipe o de algún tirano para que esclavicen a nuestra España, y cree ver en el resplandor del renacer de nuestra República un errante meteoro, que nos oiga con respeto a nosotros y se acuerde de la alondra infalible que convenció a Romeo.

La República es el sol que nace en España y no un meteoro. Está escrito.

CONQUISTANDO ALMAS

La dinamita y el cuchillo medios de persuación

De la revista *Tiempo* extractamos la siguiente recopilación, capaz de edificar al más incrédulo:

En Santiago de Yecla, la población católica se entregó con desenfreno a beber pulque. Cuando la embriaguez se había generalizado, hombres y mujeres se armaron de pidras, palos, cuchillos y azadones. La chusma avanzó sobre las casas de los pastores protestantes Feliciano Juárez y Vicente García, y minutos después los ministros habían sido linchados y sus casas voladas con dinamita.

En Ojitlán, el sacerdote católico José Angulo colocó una bomba en la casa del evangelista Porfirio Martínez. A consecuencia de la explosión murieron Porfirio y cinco miembros de su familia.

En Actipan de Morelos, los católicos secuestraron una madrugada, a las 2, al ministro protestante. Entre golpes y pedradas lo llevaron hasta el centro del pueblo, y allí lo asesinaron dándole tres balazos en el pecho. Ya muerto le destrozaron la cara.

En San Andrés Timilpan, el párroco Arnulfo Hurtado, al mando de un grupo de fanáticos, dinamitó el templo evangélico y las casas de los protestantes. Una señora en estado de gravidez fué muerta por Hurtado a golpes en el vientre. El mismo cura decretó la expulsión de los evangelistas y ordenó que se negara agua a los supervivientes y tumba a las siete víctimas.

En Canlote, el sacerdote católico Rafael Martínez incendió el templo y las casas de los protestantes. Por él incitados, los fanáticos se dieron a ultrajar a las mujeres. Los evangelistas que lograron escapar huyeron al monte.

Son botones de muestra de una larga lista que sigue abierta y engrosando día por día. Y, leyéndola, advertimos que, en efecto, el clero español y el mexicano se parecen mucho. Esas son las grandes virtudes que lleva dentro la católica hispanidad falangista, tan grata a los conservadores ingleses y norteamericanos.

UNA, GRANDE Y LIBRE

Para edificar a España, una, grande y libre, condenamos al fuego a los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo y extravagante, los cursis, los cobardes, los pseudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos. E incluimos en nuestro índice a Sabino Arana, Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Máximo Gorki, Remarque, Freud, y "Heraldo de Madrid".

Antonio Luna (Catedrático de la Universidad de Madrid, 2 de mayo de 1939).